HEDDI GOODRICH

El futuro es simplemente un nuevo día

ESPASA

Heddi Goodrich

El futuro es simplemente un nuevo día

Traducción de Maribel Campmany

ESPASA

Edición no venal
Pruebas sin corregir

Título original: *Perduti nei Quartieri Spagnoli*

© 2019 Giundi Editori S.p.A., Florencia - Milán
www.giunti.it
© por la traducción, Maribel Campmany, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:
Espasa Libros, S. L. U., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Primera edición de la edición definitiva: mayo de 2019
ISBN de la edición definitiva: 978-84-670-5567-2
Composición: Realización Planeta
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

—Heddi...

Oí pronunciar mi nombre como hacía años que no lo oía, como el nombre de una especie exótica. Articulado en tono interrogativo, pero perfeccionado, como si hubiera sido recitado muchísimas veces —con una sutil respiración y acortando las vocales— hasta deslizarse fuera de la boca con una desenvoltura extraordinaria. Ningún otro sonido en todos los Quartieri Spagnoli, ni el grito terrible de una mujer engañada ni una ráfaga de balas en un arrebato de venganza, me hubieran apartado del cálido murmullo de la chimenea en una noche tan gélida.

Ante mí había un chico, un hombre, con la boca apretada como si hubiera dicho lo que debía y ahora me tocara a mí. Llevaba la camisa metida en los pantalones, remangada hasta los codos, con un útil bolsillito justo encima del corazón, tirante por el esfuerzo de contener un paquete de tabaco. No se parecía en nada al resto de los invitados, que intentaban borrar con *piercings* y rastas y una palidez insana una infancia apacible llena de ñoquis y excursiones a la playa. A pesar de la hora, el

dulce olor que emanaban —a pachulí, hachís y ropa de segunda mano— flotaba todavía en la cocina y se licuaba en el de la cerveza desbravada y el del arroz con azafrán. No, era evidente que él no pertenecía a nuestra tribu de lingüistas del centenario Instituto Universitario Orientale, en el que era tan fácil entrar como difícil graduarse. Y aun así allí seguía, parado, como el agua tranquila de un lago profundo.

—Toma, la he hecho para ti —dijo, extrayendo algo del bolsillo de los pantalones. Tenía sin duda un acento meridional, napolitano incluso. Le tembló la mano, como si las aguas se agitaran un poco, cuando me dio un casete en una caja decorada a mano. «Para Heddi», ponía, justo así, empezando por la H mayúscula hasta una salpicadura de tinta, el puntito encima de la *i* que ya casi no recordaba que tenía.

Me quedé descolocada. Era justo la escritura de mi nombre lo que lo alejaba de su pronunciación, porque de este modo era fácil llevarlo a su extremo literal, con la *e* melodramáticamente alargada y la *d* debidamente reforzada por la geminación consonántica, que en el sur se tomaba muy a pecho. Podía perdonarse que la H se pasara por alto: en Nápoles, la aspiración se reservaba a la risa. «¿Como Eddie Murphy?», me decían, y yo me limitaba a asentir. Tampoco es que me disgustara mucho. Heddi fue antes, ahora era Eddie.

—¿Música? —le pregunté, y él asintió con la cabeza, con evidente incomodidad y sujetando una botella vacía de cerveza en el puño cerrado.

Tenía la espalda caldeada por la danza temblorosa de las llamas y por las risas despreocupadas de los amigos a quienes llamaba con afecto «los chicos». El hecho de

que yo misma formase parte de ese clan y que en cualquier momento pudiera regresar con ellos me proporcionaba una innegable sensación de privilegio y de seguridad, aunque en ese instante me pareció que había en ello una cierta injusticia.

En la planta de abajo la puerta principal vibró con un golpe seco, con toda probabilidad era el último de los invitados que salía tambaleándose. El tipo del regalo dio un respingo al darse cuenta de que la fiesta que antes bullía a su alrededor había terminado. Intentó disimular su desazón, pero yo la noté de todos modos. Fue como un pellizco, un dolor mínimo acompañado por el pesar de haber vuelto a ser, una vez más, la única sobria.

—Debe de ser tarde —dijo.

—Creo que sí, pero en toda la casa sólo hay un reloj.

Cambió el peso de una pierna a otra y, sin querer, reflejé su asimetría inclinando la cabeza hacia un lado. Por lo menos, así podía ver mejor su rostro, que se escondía cada vez que buscaba consuelo en sus zapatos —de esos cómodos, prácticos— tras un pelo oscuro. No lo había visto nunca antes, habría puesto la mano en el fuego, porque si nos hubiéramos mirado a los ojos alguna vez, no habría olvidado esa mirada, la de alguien dispuesto a esperar.

—Bueno... —Dejó la botella en la encimera como si le diera miedo romper el cristal, a pesar de que la cocina invitaba al caos con sus botellas tiradas, sartenes aceitosas y copas manchadas de vino como dientes envejecidos.

—Perdona, ¿cómo has dicho que te llamabas?

—Pietro. —Tenía un nombre tradicional y un poco rudo, y arqueó las cejas como disculpándose.

—Gracias por el casete... —dije, pero su nombre se me murió en la garganta—. ¿Así que te marchas?

—Sí. Tengo que levantarme temprano. Regreso a mi pueblo durante un par de semanas. A la tierra de mis padres, en la provincia de Avellino. Voy siempre por Semana Santa. Bueno, no sólo por Semana Santa, ya sabes cómo va...

No sabía «cómo iba», pero asentí de todos modos, agradecida por esa sucesión de frases. Todavía abrigaba la esperanza de que, en los últimos segundos, antes de su marcha (era probable que no volviera a verlo) resolvería el misterio de cómo había podido obtener tanta familiaridad con mi nombre y el motivo de que se hubiera molestado en hacerme un regalo.

—Pues adiós.

—Adiós, y que te lo pases bien en esa tierra. Quiero decir, que tengas una feliz estancia. Allí, en el campo.

Ya sólo quería que se fuera después de haber sido testigo de mi error. Era exasperante la manera en que el italiano, mi disfraz favorito, se me descosía un poco en momentos como éstos, cuando me cogían por sorpresa.

Se despidió de todos a la vez y se marchó. Volví a ocupar mi sitio junto a la chimenea y me guardé el casete en el bolsillo de mi minifalda *vintage* de ante. Las llamas eran atrevidas, manoseaban sin pudor lo que una vez había sido la pata de una silla respetable o el cabecero de una cama individual. Al cabo de pocos segundos, el calor barrió cualquier rastro de malestar que pudiera leerse en mi cara.

—¿Cómo se llamaba ése? —preguntó Luca a mi lado, arrojando una colilla al fuego y dejando escapar de la boca una blanca orla de humo.

—Pietro, creo —dije, saboreando por fin la solidez de ese nombre.

—Ya sé. Es amigo de Davide.

—¿De qué Davide?

—Ese bajito con el pelo rizado —intervino Sonia, la otra chica de nuestro grupo más íntimo.

Ah, sí, Davide. Luca a veces tocaba en su grupo. Davide, Pietro, ¿qué diferencia había? El hecho era que no necesitábamos a nadie más en el clan. Estábamos bien así.

Yo estaba bien.

Hipnotizados por las llamas, dejamos deslizar la noche en un limbo sin horas, sin luna. Hablamos de hinduismo, del alfabeto fenicio, de Manos Limpias. De vez en cuando, un pedazo de madera se derrumbaba sobre las brasas, provocando una vistosa exhibición de chispas y algunos suspiros de estupor por ese breve momento trágico. Cuando el fuego dio señales de somnolencia, Luca se puso a revolver entre la madera reaprovechada, donde justo al lado había una guitarra acústica. Tonino se acercó a ella con su mano peluda.

—Ni se te ocurra echar esto —dijo Angelo, otro de los chicos.

—No, Tonino, ¡por favor! —exclamó Sonia.

—La fiesta ha terminado, chicos —anunció él con un marcado acento pullés, apoyando la guitarra sobre una rodilla—. Me cago en todo, ¿necesitáis una nana para entenderlo?

Ésta era la parte que más me gustaba. Las vulgaridades de Tonino avivaban la intimidad, y sus gafas redondas se encendían como anillos de oro a la luz del fuego

mientras tocaba una canción que se parecía vagamente a *Attenti al lupo*. Aporreaba la guitarra con sus rudas manos velludas, manos de un enano de jardín que había cobrado vida. Y era peludo por todas partes. Una vez me pidió que le depilara la espalda para dar el golpe de gracia a las ladillas, la única prueba irrefutable de que de verdad había conseguido llevarse a una chica a la cama, española, según él. Debajo de todo, esquilado como una oveja en primavera, Tonino poseía unas líneas casi delicadas que hacían que se pareciera, en ciertos ángulos, a mi hermano.

Cantó con voz agresiva, casi ahogada:

—Hay una profesora así de pequeña... con dos huevos grandes para suspender... Y hay un estudiante así de pequeño... que debería ponerse a estudiar... Y tiene un cerebro así de enorme... con pajas mentales que hacer...

—Joder, será un exitazo —dijo Angelo—. Hazme caso: olvídate de los estudios y monta un grupo punk.

—¿Por qué no? Y también le preguntaré a la profe de sánscrito si quiere hacer de batería, así tendrá algo más que machacar aparte de a mí.

Luca sugirió:

—¿Por qué no nos tocas una de esas viejas canciones napolitanas?

Tonino le pasó la guitarra.

—Yo no soy ningún partenopeo de mierda —dijo, pero era una apreciación.

—Yo sólo soy medio napolitano.

—La mitad de abajo, por supuesto —señaló Angelo.

Luca meció el instrumento, su rostro se ocultaba tras el pelo largo, que le llegaba hasta los hombros, y dedicó a los chicos una sonrisa torcida, aunque tenía la mirada

puesta en mí. Esa media sonrisa era en sí misma un cumplido, porque Luca era selectivo tanto con las sonrisas como con las palabras, como si ya hubiera pasado por la última reencarnación para reconocer toda la ironía del mundo y hubiera alcanzado el zen en esta vida. A pesar de que él era uno de los chicos, siempre lo había considerado distinto de los otros dos. Era sencillamente Luca Falcone.

—Ésta va por ti.

Ya desde las primeras notas caí en la cuenta. *Tu vuo' fa' l'americano*, de Carosone, ésa era la canción que Luca tocaba. Me sentí desenmascarada, la norteamericana de incógnito, y de hecho Luca estaba vuelto hacia mí, pendiente de lo que yo hacía.

No me apetecía, pero empecé a cantar a partir de la segunda estrofa. Lo hice porque me había dado cuenta de que los demás en realidad no se sabían la letra, y que el silencio tenía que colmarlo yo. Y quizá también lo hice por Luca. Para que viera que, aunque sólo fuera ahí, conseguía fingir un impecable acento napolitano, un gruñido de clase baja que salía de lo más hondo de mis tripas, incluso más que a él. Para intentar arrancarle una sonrisa. Por él hice una interpretación cómica, gesticulando como un pescadero y transformada por arte de magia en la patrona de un típico *vascio*, una planta baja de un solo ambiente a nivel de calle que algunos llamaban «trastero», otros «tienda», y otros menos afortunados, «casa». Yo era ella, la mamá, hermana, prometida, esperando, con los ojos fruncidos y la bronca o la risotada a punto. Y cuando regresara ese holgazán que se creía un pez gordo, con la lengua suelta por el whisky con soda y las caderas por el rock and roll, la emprendería

con él a tortazos o tal vez a caricias, y luego se lo diría alto y claro, delante de todo el barrio, «*Tu sii napulitan*», tú eres napolitano, y en el caso de que se atreviera sólo a disculparse con un patético *ailoviu*, me pondría como una moto. Con palabras dialectales y pseudoamericanas que nunca hubiera sabido escribir, que sin música ni siquiera hubiera osado pronunciar. Eran groseras y verdaderas y rezumaban esa sátira que los napolitanos con tanta habilidad empleaban a la hora de dirigirlas hacia sí mismos desde la decadencia de su ciudad. Fueron esas mismas palabras las que me inspiraron, las que hicieron de mí su personaje, y por un momento dejé de ser una norteamericana y me convertí en la casera de una planta baja que, precisamente gracias a esa americanidad, se marcaba nada menos que una actuación.

Los demás seguían el ritmo con un pie y se unían en el estribillo. Al final Luca rasgó las cuerdas.

—No me acuerdo de cómo acaba.

Me abandoné sobre el respaldo, sudada y embriagada. Dentro de mí seguía habiendo una aficionada a la mímica callejera, o puede que incluso a los juegos de azar, a punto de despertarse. Aproveché el perezoso chisporroteo del fuego para ponerme de pie de un salto.

—Necesitamos más leña. Voy arriba.

—Voy contigo, Eddie —dijo Sonia—. Un poco de aire fresco no me vendría mal.

Sin solución de continuidad, la música se deslizó hacia una canción de los Pearl Jam. A los chicos les salía más natural el inglés que el napolitano, pero lo cantaban de una manera aproximada, farfullando los diptongos y espachurrando los grupos consonánticos. Sonia y yo subimos por la escalera de caracol situada junto a la chime-

nea. El espacio era tan estrecho que ella, que era alta, tuvo que agacharse, haciendo vibrar los escalones metálicos bajo sus botas y casi rozándolos con su larguísimo pelo negro. Salimos al tejado.

—Madre mía, qué frío —dije, y mis palabras se convirtieron en nubecillas en la noche.

—Me estoy congelando. —Sonia cruzó los brazos para calentarse y añadió con ese acento sardo que era nítido como el aire—: Así que conoces a Pietro.

—¿Pietro? ¿Ése de esta noche?

—Sí, sí, Pietro.

El nombre se le había deslizado desde la punta de la lengua con una extraordinaria ligereza. Por un instante, se me ocurrió la loca idea de que ella y yo estábamos hablando de dos personas completamente distintas.

—¿Tú cómo crees que es?

—Lo cierto es que no lo conozco. —Me hice un ovillo para hurgar entre la leña, una repisa despedazada y encajada en la barandilla—. ¿Por qué quieres saberlo?

—No se lo digas a los chicos. —Sonia se arrodilló, con el rostro expuesto como una luna llena, y comprendí que no necesitaba tomar un poco de aire fresco, sino hacerme una confesión. En esa posición parecía mucho menos esbelta y menos joven de lo que era en realidad, ya que sólo estaba en segundo curso en L'Orientale. Susurraba como si las estrellas pudieran oírnos—. Nos habremos cruzado como mucho diez palabras. Pero tiene algo especial, no sé...

—Ya..., parece simpático. —Instintivamente me palpé el bolsillo, el casete abultaba con descaro.

—Me gusta de verdad. La próxima vez que lo vea, me voy a lanzar.

—Bien hecho. No tienes nada que perder.

Sonia tenía la costumbre de morderse el labio inferior cuando estaba nerviosa. Espiró hondo como si se dispusiera a hacer un esprint.

—Sé valiente, Sonia. Eres guapa, inteligente. Ese Pietro sería un tonto si no te diera una oportunidad.

Me encantaba la sonrisa de Sonia, un dulce garabato. Pero enseguida me arrepentí, casi me ofendía haber usado esa palabra relacionándola con ese extraño llamado Pietro. *Tonto*. Sonia se ofreció a ayudarme, cogió un trozo de madera, aunque seguía tiritando.

—Tienes frío —le dije—. Llévate éstos abajo y yo ya me encargo del resto.

—Vale.

En cuanto me quedé sola, solté la leña y me apoyé en la barandilla, la única barrera que impedía una caída libre de siete pisos. «*Tonight...*», me sorprendí diciendo en voz baja en mi lengua materna, sin saber cómo completar la frase.

Me llegó una brisa gélida, saturada de pescado y sal y gasóleo. Era el aroma del golfo. Abajo, la ciudad centelleaba hasta llegar al mar, con las cadenitas amarillas de las farolas interrumpidas aquí y allá por perlas de luz, y las cocinas aún sin apagar. Nápoles nunca dormía, no de verdad. Incluso en el corazón de la noche, las lámparas de neón iluminaban, con una luz barata y antiestética, a familiares despiertos que golpeaban la mesa de la cocina por quién sabe qué disputa, ocurrencia o confesión. Y me sentía atraída por esas luces blancas como una polilla. «Si pudiera —pensé—, revolotearía hasta ellas para meterme por la ventana. Me quedaría allí sin hacer ningún ruido, mimetizada en el empapelado de la

pared, intentando recomponer sus frases entrecortadas en un relato que tuviera sentido.»

Se oyó el silbido de una sirena. A saber de qué barco provenía, puesto que en la negrura del golfo los barcos de contenedores eran invisibles, excepto por las luces que se asemejaban al juego de unir los puntos. Era una de esas raras noches nítidas, pero sin luna no se veía ni siquiera el volcán. El único indicio de su presencia eran las casas iluminadas que esbozaban su silueta hasta donde se atrevían. Hacía medio siglo que el Vesubio no decía ni una palabra, pero yo lo miraba a través de la cortina oscura de la noche intentando imaginarlo vivo, en su versión tragafuego, como en tantas pinturas al óleo del siglo XIX. Lo miraba tan intensamente que casi creía que podía devolverlo a la vida con sólo la voluntad de mi mirada.

Se me habían puesto las manos frías como el mármol y, sin embargo, no había terminado de saciarme de los olores de Nápoles, de comérmela con los ojos. Todo en vano. La ciudad era agua que se me escurría entre las manos, y el solo hecho de amarla me entristecía, sobre todo por la noche. Era una melancolía que no lograba ahuyentar ni comprender. Me había entregado a ella por completo, quizá incluso traicionándome a mí misma y, aun así, después de todos esos años, Nápoles seguía manteniéndome a distancia.

Vir' Napule e po' muor', «Ve Nápoles y después muere», se dice. Un tópico que nunca introduciría en una conversación, pero que en ese momento murmuré a la noche por su verdad. A continuación, recogí la leña y me volví hacia la escalera.